

UNIDOS POR EL
PASADO

GABY TAYLOR



KAIZEN EDITORES

Unidos por el pasado

Edición y Diseño: Ciclo Creativo
Diseño de portada: Mónica Gallart
Corrección: Inmaculada Acosta

Imprime: Liberis
ISBN: 9788412278187
Déposito Legal: CA 243-2021

@Kaizen Editores, 2021
@autor, Gaby Taylor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida, mediante ningún sistema o método, electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información), sin consentimiento por escrito de los propietarios de los derechos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y ss. del Código Penal)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirigase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o digitalizar parte de esta obra.

Para mi hermana Helena.

Prólogo

Vivo en las Tierras Altas, en Ardersier, muy cerca de Inverness, donde tengo mis negocios. De niño y en mi adolescencia pasaba las vacaciones en casa de mis parientes, en Blackford, por lo que me resultaba fácil tener relación con los McFarlane. Allí, al final, todos somos parientes de una u otra forma y, al ser el pueblo bastante pequeño, acabamos yendo a los mismos sitios. Blackford tiene lo justo y necesario para vivir bien: su calle principal con sus dos iglesias, un colegio, un hotel, una embotelladora y una destilería donde trabaja buena parte del pueblo, una panadería que llevan mis tíos desde que se afincaron definitivamente allí tras heredar el negocio familiar y el típico pub que puedes encontrar en cualquier rincón de Escocia; el lugar donde se junta la gente cuando acaba de trabajar y que es donde se hace la vida social.

Pero con el paso del tiempo mis visitas se fueron espaciando, aunque hoy estoy de nuevo aquí. Llevo varios días acompañando a mi tía para conocer el estado de Meisie, hija del señor McFarlane, y de su nieto Ian, pues tuvieron un accidente en la carretera camino de Glasgow. Todos los comentarios apuntan a una mala maniobra que provocó que se saliera de la carretera, con tan mala fortuna que un árbol se cruzó en el camino del vehículo. Ambos llegaron con vida al hospital. Sin embargo, el nieto que conducía falleció en

el quirófano. Ahora me he enterado de que la hija de Craig, pese a todos los esfuerzos de los médicos, no ha logrado sobrevivir.

La noticia ha corrido como la pólvora, sobre todo siendo una familia tan conocida la que ha sufrido la pérdida de dos de sus miembros en tan desgraciado accidente: la hija y el nieto del dueño y señor de la zona. Craig McFarlane mantiene con mano férrea el control de todas sus posesiones y sabe todo lo que ocurre en sus tierras moviendo los hilos según sus intereses, como si habláramos de un señor feudal, pese a estar en pleno siglo XXI. Se ha ganado el respeto por su buen juicio y su voz nunca tiembla a la hora de tomar decisiones. Él siempre tiene la última palabra, pero ahora ha sufrido uno de los mazazos más duros que puede recibir una persona: ver cómo fallecen dos de sus familiares más queridos. Me mantengo a una distancia prudencial, oculto entre la gente que ha venido a dar sus condolencias, observando todo lo que ocurre.

Me acerco a mi tía en cuanto la veo, porque ella ha llegado antes al hospital donde se encuentra la familia, que está repartida entre la sala de espera y los alrededores. Según se enteran de las nuevas noticias, veo como pierden todas las esperanzas con las que habían llegado. Y hago de tripas corazón. Mientras Marlen está hablando con Craig, me quedo rezagado mirando desde una esquina el continuo trasiego de personas hasta que mi vista se queda congelada observando a la que ya es la viuda de su nieto. Está sentada en una silla rodeada de gente a la que, según veo, no presta atención. Su rostro está tan blanco como la pared que tiene detrás y con sus manos estruja un pañuelo y juega nerviosa con la alianza que tiene en el dedo. Por su cara percibo como pasan todo tipo de sentimientos, y la entiendo. Tanto que me gustaría estar sentado a su lado y compartir ese dolor haciéndole la carga menos pesada. Pero no me puedo permitir otro papel más que el de ser un mero espectador a la espera de seguir acompañando a mi tía, que también se encuentra muy afectada por la larga amistad que le unía a la hija de Craig.

Todo ha concluido en el hospital. Llega el momento del velatorio. La familia está atendiendo a todos los que nos hemos acercado a la finca de los McFarlane, esa a la que todos llaman la casa grande,

y donde, al final, se realizará el entierro en el pequeño cementerio familiar que está justo detrás de la casa.

Está siendo una noche dura pese a que, como buenos escoceses, se come, se bebe y se recuerdan los mejores momentos con anécdotas narradas en cada grupo de los que se han formado en la gran sala. Me acerco a Craig para darle el pésame, pero no al resto de la familia. Eso me da igual. Supongo que como a la viuda que en ese momento entra con sus dos hijos y se sienta próxima al señor McFarlane, pero apartada del resto de los corrillos. En pocas horas parece haber adelgazado y, si cabe, la piel de su cara es ahora más pálida o, tal vez, percibo esa sensación porque destaca su rostro sobre la ropa oscura que lleva. Cuando se le acerca alguien, se limita a asentir con la cabeza y, pese a que le insisten para que coma o beba algo, no hace caso a ninguno de los ofrecimientos.

En el momento en el que la sala se vuelve agobiante por el rum rum sordo de tantas conversaciones triviales entre susurros convertido en algo tan desagradable como el zumbido de un avispero, salgo a tomar el aire. Le doy vueltas en mi cabeza a unas breves palabras que me ha dicho el señor McFarlane: «dentro de un mes te llamaré para un asunto». Durante unos segundos pienso que ha sido imaginación mía, pero el apretón de manos que pide mi confirmación a sus palabras hace que atienda a esa petición con una inclinación de cabeza. No hay nada más que añadir. Me encuentro inquieto porque he perdido de vista a mi tía y no quiero unirme a ninguno de los corrillos. Vuelvo a entrar. Me acerco a una de las mesas para servirme un *whisky* y saludo de pasada a algunos de los conocidos con los que me cruzo, aunque no hago amago de parar para hablar con nadie.

Busco un rincón donde me pueda sentar sin que me incluyan en alguna conversación. Desde luego, si hacen caso a mi hosca expresión, no se me van a acercar. Al final me acabo acostumbrando al sonido de fondo y acomodo la cabeza en la orejera del sillón que he encontrado libre, por lo que, entre el calor de la sala, el sonido atenuado de las voces y el segundo *whisky* que me he tomado, aceptando el ofrecimiento de uno de los asistentes, me quedo adormilado hasta que siento una mano en el hombro que me sobresalta.

Es Marlen, que me avisa de que se va a su casa para darse una ducha antes de volver para el entierro, por si quiero acompañarla. Acepto la propuesta. Ha amanecido hace poco y me levanto del sillón dolorido por la tensión acumulada.

Sigo a Marlen de forma automática y, al pasar por delante de la puerta de la biblioteca, veo los dos féretros colocados a la espera. Al lado de uno de ellos está la viuda del nieto de Craig, a la que en aquella casa algunos llaman «la Española». Está con una mano puesta sobre la tapa del ataúd de su marido, acariciando con suavidad la madera y murmurando unas palabras que no llego a captar. No alcanzo a ver su rostro, pero, por el movimiento de sus hombros, imagino que está llorando. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Marlen se ha girado al sentir que no la sigo y me agarra por la manga, tal vez, leyendo la intención que nace en mi mente. La miro en silencio. Creo que tengo la lengua pegada al paladar desde que atravesé el umbral de la casa grande y le di el pésame a Craig, pero entiendo su mensaje y continúo mi camino. No es el momento. Tal vez, nunca será el momento.

Llevamos casi 48 horas de funeral, y una fina llovizna nos moja. Marlen está agarrada a mi brazo, no sé bien si para evitar resbalar o para impedir que me acerque más de la cuenta. La viuda ha salido de la casa agarrando la mano a sus hijos. Avanza detrás de los féretros y desde la distancia veo los dos grupos que hay: por un lado, ella y sus hijos; por el otro, el resto de la familia. Son seguidos por la gran mayoría de los habitantes del pueblo porque, en estas circunstancias, no suele faltar nadie. Entramos en el cementerio y me sitúo con mi tía en un lateral, sobre una ligera elevación, bajo un árbol que nos protege de la llovizna. Desde aquí tengo una amplia visión de todo lo que ocurre. No escucho nada de lo que se dice en la ceremonia, solo la veo a ella, que tiene la mirada perdida y parece no estar aquí. Me gustaría acercarme, hablarle, decirle que tiene todo mi apoyo, que lo que esté en mi mano... Pero no puede ser. Marlen y yo lo sabemos. Acaricia el pelo de uno de sus hijos, el otro tiene la cabeza apoyada en su hombro, son tan altos como ella. Están hechos casi dos hombres, pero sé que ahora, sin él, ella está sola.

Todo ha acabado, aunque todavía hay personas que se acercan a darle el pésame porque no han llegado a tiempo para hacerlo en el velatorio. Me pongo en la cola pese a la reticencia de mi tía y le hago un gesto para que se tranquilice. Tengo un momento de duda cuando quedan solo varias personas delante de mí. Sigo avanzando. La veo más cerca que nunca. Parece frágil, pero en sus labios apretados, en un forzado gesto de amabilidad, veo la fuerza que ruga en su interior y hay una determinación clara en unos ojos que no miran a la gente que la saluda. Llego a su altura y le tiendo la mano. Murmuro unas palabras de condolencia tan repetidas que suenan falsas y que, en realidad, no son las que le quiero decir. Sé que no me ha visto, ya que sus ojos apenas se han levantado a la altura del cuello de mi camisa, pero yo sí he visto su rostro y sus ojos. Con esa imagen me quedaré para siempre.

I

El regreso

Paré el coche en lo alto de la colina, desde donde podía ver las dos edificaciones: la casa principal de los McFarlane y, al lado contrario, la granja y el molino. En medio, separando las dos propiedades, estaban los viñedos. El caserón de la familia destacaba sobre la colina por su magnífica fachada de piedra y sus cuatro chimeneas. Siempre me pareció algo oscura y triste por su tejado de pizarra negra que me intimidaba incluso en la lejanía. La construcción se había ido ampliando según las necesidades de sus habitantes, pero mantuvo siempre un ligero orden y los distintos colores de la piedra se fueron igualando con el tiempo y por la hiedra que cubría algunas zonas. Parecía algo aleatorio en cuanto a su crecimiento y ubicación, pero yo sabía que las plantas eran cuidadas y controladas con mimo por el dueño. Hace un tiempo lo hacía personalmente, pero, en la actualidad, lo más seguro es que alguien se encargara bajo su supervisión.

Había tenido esa imagen clavada en mi memoria desde que me fui de allí, y, cuando tuve noticias de su dueño, comenzaron de nuevo mis pesadillas. Además, la llovizna y el aspecto desapaible del lugar tampoco daban pie al optimismo; solo los rebaños

de ovejas, que estaban en los prados cercanos, rompían en ese momento la monotonía del plomizo ambiente. Cuando salía un tímido rayo de sol, los campos verdes parecían iluminarse y mi ánimo lo hacía igual, pero hoy no iba a tener esa suerte. Hoy un peso se había instalado en mí y no iba a cambiar esa angustiosa sensación con facilidad.

Tomé aire y volví a retomar el camino hasta llegar y aparcar en la puerta, donde dejé el vehículo porque vi que me estaban esperando. Un chico joven pero corpulento, de unos veinte años y de rostro familiar, me saludó brevemente, indicándome que lo siguiera. Sabía a la perfección a dónde iba porque antes de que ese niño naciera ya había paseado por aquellos pasillos llenos de historia.

El abuelo estaba como la última vez que lo había visto: sentado, con sus perros a los pies; su manta, con los colores del clan; y la chimenea encendida. Pese a estar en casa, no se quitaba su boina y, aunque ya había perdido la cuenta de los años que tenía, mantenía la costumbre de fumar en pipa. Sus ojillos escrutadores no habían perdido ni un ápice de su curiosidad y viveza, e imaginaba que también seguiría siendo la persona que dirigía con mano dura al núcleo familiar y al clan. Nada de lo que ocurriera en sus tierras pasaba desapercibido para él y siempre tenía la última palabra en la toma de muchas decisiones.

—Cuánto me alegro de verte. Acerca un sillón y siéntate a mi lado. No has cambiado mucho desde la última vez que te vi —dijo haciendo un gesto para que el chico que me había acompañado nos dejara solos.

—Algo he cambiado, no te creas. Aunque en general estoy bien y no me puedo quejar —le respondí a la vez que busqué el sillón más próximo para acercarlo, colocándolo frente al otro donde él estaba sentado. Sabía de qué iba a ir la conversación y qué me iba a pedir y, por supuesto, fue al grano.

—Ya sé que has estado en contacto con los abogados y conoces las condiciones. Me han dicho que estás de acuerdo con todo, aunque imagino que sabes lo que te vas a encontrar en la familia —me dijo con media sonrisa y hablando claro, como solía ser habitual en él.

—Imagino que no han cambiado mucho las cosas —le contesté acompañando su sonrisa con la mía, pese a que por dentro no

estaba tan tranquila como aparentaba. Comencé a jugar con el colgante que llevaba al cuello.

—¿Serás capaz de lo que te propongo?

—No lo sé. Pero sabes que si alguien puede, somos nosotros. Con mi hermano he sacado la bodega de la familia adelante y estamos recogiendo buenas cosechas. Incluso he traído algunas botellas, que llegarán con mis hijos dentro de tres días.

—¿Dónde estás alojada? —me preguntó.

—En el pueblo hay una señora que alquilaba habitaciones con derecho a desayuno, pero, por un poco más, incluso como y ceno con su familia. El hijo tiene el *pub* del pueblo y la hija la panadería. Supongo que sabes de quién hablo.

—Ah, sí. La señora Duhn, una excelente cocinera, y además tu futura ama de llaves.

—¿Ama de llaves? ¿Crees que para llevar la granja la necesitaré?

—pregunté, aunque esa decisión me demostraba lo que ya sabía. Las cosas se iban a hacer como él hubiera decidido. Pese a eso, me sorprendí ante su capacidad organizativa.

—Te la recomiendo porque va a ser una lucha sacar adelante lo que te he propuesto y te quiero a tiempo completo. La señora Duhn es muy trabajadora y puede ser una buena amiga.

—He visto que el molino de la propiedad está restaurado. ¿Quién vive allí?

—Tu capataz, Kylian. Es quien ha mantenido las viñas por mí y sabe del cultivo de la vid, pero hasta ahora hemos vendido todas las cosechas para vinagre o alcoholes, porque hacer vino, en cambio, no es lo suyo.

—El pago del capataz y del ama de llaves... —comencé a decir, pero no me dejó acabar la frase porque, haciendo un gesto con la mano, continuó hablando.

—De eso me encargo yo, pues llevo años haciéndolo, ya que son los que han mantenido la casa todo este tiempo. La edificación y las viñas son tuyas y de mis biznietos, por haber sido antes de tu marido, pero Kylian necesitaba un sitio donde vivir y pensé en el molino. Él se ha encargado de restaurarlo y el sitio parece perfecto.

—Me parece un buen trato, tendremos intimidad: cada uno en su casa—. Decidí dejar de jugar con el colgante y centrarme en la conversación cuando sentí el tirón de la cadena en el pelo de mi nuca.

—Él trabaja para ti, igual que la señora Duhn, y no me tienes que dar cuenta de tus decisiones, solo de lo que necesites para sacar adelante la bodega.

—Sabes que nos puede salir muy caro —pronuncié mis palabras con un tono aprensivo, pero creo que él no se dio cuenta viendo la intensidad con que exponía su proyecto.

—Sí, pero mi nieto tenía esperanza en el proyecto y yo siempre creí en él. Aquí la única persona que tiene sangre eres tú, Mencía, y, si acaso, Kylian. Por esto creo que haréis un buen equipo.

—¿Cómo está Hanna? —cambié de tema porque su entusiasmo me abrumaba.

—Perdió la cabeza, como ya sabes, a raíz del accidente. Ha vuelto a la infancia y allí es feliz, en su mundo. Por cierto, en unas semanas vamos a celebrar su noventa cumpleaños y aprovecharemos para celebrar el mío también. Hemos avisado a los vecinos y organizaremos una buena fiesta como en los viejos tiempos. Cuento con vosotros —dijo a la vez que se le iluminaba la mirada. Una fiesta era algo que siempre le gustaba a un buen escocés. Pero mi cabeza, en ese momento, estaba en otro lugar al haber oído de su boca los hechos de aquel día. Aun así me recompuse y continué la conversación. No quería que percibiera mi debilidad.

—Allí estaremos los tres. En cuanto mis hijos lleguen y nos instalemos los mando para que te saluden.

—Te iba a preguntar por ellos ahora. Hace siete años que no los veo, aunque agradezco mucho las fotos que me has ido mandando. También te quería comentar, antes de que se me olvide, que me gustaría que asistierais a la fiesta con los colores del clan de los McFarlane.

Sonreí, pero no añadí nada, aunque pensé que tendría que ir con ellos a Edimburgo o a Glasgow a la sastrería.

—¿Quién es el chico que nos ha recibido?—. Me imaginaba quien era, pero quería confirmarlo.

—El hijo de tu cuñada Cora, Ewan.

—¿Sigue todavía casada con Parlan? Pensaba que no la aguantaría tanto tiempo.

El abuelo Craig soltó una gran carcajada.

—Siempre me ha gustado lo espontánea que eres cuando viene al caso. Sí, siguen juntos, aunque imagino que no muy revueltos.

Tendríamos bastantes cosas de las que hablar, pero la señora Duhn te pondrá al día de muchas historias que han pasado estos años, ya que es una estupenda fuente de información, además de prima y buena amiga de Meisie, por lo que puedes confiar en ella. Por cierto, el cementerio está abierto, por si... —no finalizó la frase. Temía que llegara ese momento, pero me limité a asentir con la cabeza ante su ofrecimiento.

Seguimos un rato de conversación y me puso al día de sus planes. Me pareció increíble cómo un hombre de cerca de los noventa años tenía más inquietudes e intereses que muchos jóvenes.

Cuando acabamos la charla, tras despedirnos, me dirigí de forma mecánica al cementerio, como si esa palabra pronunciada por Craig llevara una orden implícita para que mis pasos se encaminaran a ese lugar. Una parte de mí no quería porque, por mis creencias, sabía que allí no había nada, pero mi parte racional entendía que era posible que mis hijos quisieran visitar el lugar y debería acompañarlos. Antes, quería ver cómo me sentía allí sola, delante de la tumba. Empujé la reja y esta se movió con suavidad y sin apenas emitir un leve sonido. Tras atravesar la entrada, encaminé mis pasos por el estrecho camino de piedras mientras mi respiración se tornaba más rápida, con lo que mis fosas nasales se llenaron de olores a humedad y a hierba recién segada. En seguida distinguí la tumba, que ya no parecía nueva y cuyo color se había igualado a las que estaban a su alrededor, aunque se diferenciaba del resto porque tenía flores frescas que, seguramente, Craig había mandado poner esa misma mañana. No sé si esto fue por deferencia, porque sabía que yo iba a venir o por ser una costumbre habitual en él, aunque me inclinaba más por lo segundo. Me paré delante de la tumba y en mi mente solo surgieron tres palabras: «ya estoy aquí». De forma impulsiva agarré la cadena que llevaba al cuello, donde estaban nuestras alianzas, y volví a jugar con ellas. Realmente tenía la mente en blanco mirando una tumba que sentía totalmente ajena a mí en esos momentos. Nunca llegué a sentir que dejaba a mi marido en ese lugar, cuando murió simplemente se fue.

Agité mi cabeza para salir del ensimismamiento en el que me encontraba porque ya era hora de volver al pueblo. Además tenía que hacer algunas compras y ponerme en contacto con Kylian. El abuelo,

con su ímpetu, me había animado a ir a verlo, pero yo le sugerí que me pasara su número de teléfono. No tenían ninguna intención de presentarme en su casa porque conocía el carácter escocés y en algunos habitantes se caracterizaba por no ser muy acogedor y afable con los extraños, aunque no sabía si mandarle un mensaje o llamar directamente. Cuando llegara a la casa, lo pensaría.

Aparqué en el centro del pueblo porque lo conocía bien y no había cambiado mucho en los siete años que estuve alejada de allí. Tal vez había algún negocio nuevo regentado por gente joven, aprovechando el tirón del turismo y la proximidad al castillo de Stirling, pero, en realidad, era una localidad de paso que se resumía en una calle principal, flanqueada por casas que apenas si llamaban la atención y escasamente se veían edificios de más de una planta. Si algo destacaba era la iglesia parroquial del siglo XIX. En España, hubiera sido más una urbanización a las afueras de cualquier ciudad que una ciudad propiamente dicha, con su campo de golf y la tranquilidad de la campiña escocesa; una ciudad de trabajadores vinculadas a la destilería y a la embotelladora de agua. Echaría de menos Logroño.

Me acerqué a la tienda de alimentación que estaba en la misma calle que mi alojamiento, todo próximo a la iglesia y a la escuela. Cuando entré, en el mostrador, estaba Rhoda, la hija de la señora Duhn, de la que me había hablado Craig. Ella era la artífice del pan y de los bollos que alimentaban solo con su olor. Sus manos eran herencia directa de su madre. Ya podría cuidarme porque, si no, acabaría con algún kilo de más ante su espectacular cocina, algo que había disfrutado en cuanto llegué la noche anterior y esa misma mañana en el desayuno, antes de ir a casa del abuelo.

Mientras me movía entre las tres estanterías que había en el local, sonó dos veces la campanilla de la puerta de la tienda, aunque yo seguí buscando lo que necesitaba. Trataba de pasar desapercibida con mi gorro y envuelta en mi abrigo, aunque no hacía el frío que solía recordar porque ya había pasado la época más cruda del invierno e íbamos camino de la primavera, pero, aún así, el día se mantenía desapacible. Estaba atenta a mi compra cuando oí la voz que saludaba a la chica de la tienda y que continuó hablando sin

parar en gaélico, una lengua que no llegué nunca a dominar como para poder hablarlo, pero que entendía perfectamente.

—¿Te has enterado? Parece que la granja McFarlane está de nuevo ocupada. Ha venido la viuda de Ian con sus hijos. Menudo papelón, a ver cómo le sienta a la familia —dijo mientras elegía de la bandeja el pan que se iba a llevar.

Vi de reojo la cara de Rhoda y, por su gesto, entendí que no le hacía gracia el comentario de la nueva clienta, pero ya era demasiado tarde. Sonreí de medio lado mientras pensé que algunas cosas no cambiaban fuera el país que fuera. En los pueblos, la llegada de alguien nuevo siempre animaba las conversaciones.

—Fiona, sabes que eso es algo que nos da igual —una voz de hombre le llamó la atención de forma suave.

—Ya, doctor, pero usted sabe que las novedades son bien recibidas —dijo con una risita propia de alguien que ha sido puesto en evidencia mientras dejaba el dinero en el mostrador para despedirse y salir de la tienda a toda prisa.

Me acerqué hasta allí con la compra y encontré a un hombre bastante alto y delgado, con un abrigo que le llegaba casi a los tobillos, bufanda, guantes y gorra que no me dejaba ver bien su cara. Imagino que Rhoda quiso evitar algún comentario que fuera mal interpretado e inició ella la conversación.

—Doctor Max Rawson, ella es Mencía, la viuda de Ian McFarlane. —Hizo sonriente las presentaciones.

El doctor se dio rápidamente la vuelta, quitándose la gorra y el guante de la mano derecha.

—Bienvenida. Siento el comentario de Fiona. —Me tendió, algo azorado, su mano. Su pelo era negro, aunque ya algunas canas blanqueaban sus sienes y debía de rondar mi edad. Su piel era blanca; el rostro, barbilampiño, aunque daba la sensación de ser más joven de lo que su pelo me decía. Sus ojos marrones me miraron de una forma afable y serena. Unas ligeras arrugas en su frente demostraban que era una persona de las que se pasaba tiempo reflexionando. Su mano, al estrechar la mía, demostró firmeza y determinación.

—No se preocupe, doctor Rawson, vengo de un pueblo de España y Fionas hay en todos lados. —Sonreí tratando de quitarle

importancia a la situación, ya que parecía un poco avergonzado, como si la culpa hubiera sido suya.

—Permítame que la invite esta tarde a una cerveza para darle una bienvenida adecuada —dijo.

—Imagino que sin problema, aunque tengo que llamar al señor Kylian Condie, ya que es el capataz de la granja donde viviré y no tengo el gusto de conocerlo todavía.

—Pues si quedamos, coméntele para vernos en la taberna del hermano de Rhoda. Solemos reunirnos allí los del pueblo cuando acabamos nuestro día de trabajo y Kylian es buen amigo, aunque no lo trato mucho; está muy sano.

Tras intercambiar los números de teléfonos, quedamos a las siete en la taberna, a la espera de concretar con el capataz. Me dirigí entonces a la casa de la señora Duhn, pues se acercaba la hora de la comida y quería llamar al señor Condie.

—Hola, querida, ¿qué tal con el abuelo McFarlane? —me preguntó tal como entré en la cocina, donde tenía costumbre de sentarse a charlar con sus huéspedes. Parecía que nos conocíamos de toda la vida pese a tratarnos desde hacía unas pocas horas. Tenía una forma muy acogedora de tratar a la gente, algo que era de agradecer, sobre todo si íbamos a trabajar mano a mano. Rondaría los 60 años, pero su vitalidad le hacía parecer que tenía menos edad.

—Ya me ha dicho que me va a ayudar en la granja y espero que no sea una molestia, porque creo que tiene mucho trabajo.

—Que va. Me encantaría ayudarla, porque así cambio un poco de aires y disfruto poniendo en marcha la granja. No me gustaría que se echara a perder, aunque Kylian la tienen bien cuidada.

—De eso quería hablar. Voy a llamarlo para quedar con él en la taberna de su hijo, pero también he conocido al doctor en la panadería y quiere que nos tomemos una cerveza allí esta noche, como bienvenida. ¿Habrà algún problema si los junto? —le conté cómo nos habíamos conocido.

—Para nada. El doctor es de confianza, aunque sea londinense —soltó una breve risilla—. Montó hace unos años una clínica en el pueblo y, aunque en realidad es de los alrededores de Londres, se ha ganado el cariño de los habitantes de la zona. A veces viene su sobrina Helen, una chica encantadora de unos veintipocos años

que está estudiando en la universidad de Saint Andrews. Sé que se lleva bien con Kylian, o eso es lo que me ha dicho mi hijo. No soy como Fiona, pero el pueblo tiene oídos, lo que ocurre es que lo que llega a los míos me lo callo. —Guiñó un ojo al acabar de decir esa frase.

Después de comer con la señora Duhn y su marido John, que acababa de llegar de trabajar en la embotelladora de agua del pueblo, me decidí a llamar a Kylian.

—¿Sí? —una voz algo seca, que me intimidó un poco por su tono, me contestó al otro lado, pero nada a lo que no hubiera estado acostumbrada de otros momentos de mi vida.

—Perdón si no es buena hora. Buenas tardes. Soy Mencía McFarlane. El abuelo Craig me pasó su teléfono para que nos conociéramos —le contesté con un poco de timidez y aprensión. Me solía ocurrir cuando no conocía a mi interlocutor.

—No se preocupe, no es mala hora y estaba esperando su llamada —su tono se suavizó—. ¿Cuál es su idea?

—Hoy he conocido al doctor Rawson y hemos quedado esta tarde, sobre las siete, en el *pub* de Alex. Si le apetece acompañarnos, puede ser un buen momento para conocernos —le dije, tras lo que continuó un breve silencio.

—Perfecto, a esa hora no me viene mal. De todos modos, si tardo un poco, sé que está en buena compañía. Dentro de un rato nos vemos.

—Hasta dentro de un rato —finalicé la conversación.

Su voz había cambiado a un tono más amistoso y eso me tranquilizó, porque no me apetecía tener de capataz a un hosco escocés. En realidad no sabía lo que me iba a encontrar y, conociendo como conocía las tierras escocesas y el carácter de sus habitantes, todo era posible.

Pasé la tarde un poco inquieta. Llevarme bien con Kylian haría que la empresa que me había propuesto funcionase o no y, sabiendo lo que me esperaba con la familia, cuantos más aliados tuviera, mejor sería.

Un poco antes de las siete me dirigí a pie desde mi alojamiento al *pub*. En el momento que viviera en la granja tendría que bajar al pueblo en coche, pero ahora podía aprovechar y relajar mi nervio-

sismo con un paseo. Estaba calle abajo en dirección contraria a la iglesia y a la tienda de alimentación, en una paralela a la principal. A esa hora, mucha gente volvía de sus trabajos y, aunque pasaban de prisa camino de sus casas, no dejaban de mirarme y dedicarme un breve saludo. Al avanzar por la calle, no me pude resistir a dirigir mi vista hacia las fachadas de unas casas que dejaban ver, a través de sus ventanas, a familias dedicadas a preparar la cena, y eso me hizo añorar a la familia que había dejado en España. Pero me animé pensando que dentro de unos días mis hijos también estarían conmigo.

Llegué unos cinco minutos antes y, cuando agarré el pomo de la puerta, tuve que realizar una respiración profunda. Había pasado la tarde como una cría pequeña, pensando en qué ropa me pondría, hasta que me centré. Iba a tomar una cerveza, no era una cita, pero es que hacía tiempo que no me relacionaba con desconocidos y quería causar una buena impresión. Al final, opté por algo cómodo con lo que me sintiera a gusto, ya que imaginaba que, si yo me sentía insegura, ellos también.

Empujé la puerta y entré. No estaba lleno, pero había bastante gente pese a ser un día laborable porque era la hora en la que muchos habían finalizado su jornada y se reunían para tomarse una cerveza o incluso cenar antes de volver a sus casas. Debía ser la única extraña que entró en el bar y al único que conocía era a Alex, el hijo de Marlen, al que había saludado en casa de su madre el día que llegué. Cuando me vio, su rostro se alegró con una sonrisa, e hizo un gesto a alguien que estaba de espaldas, en el fondo de la barra. Cuando se giró, vi al doctor que, surgiendo de entre otro grupo, se acercó a saludarme, por lo que deduje que habían hablado entre ellos sobre mi llegada.

—Señora McFarlane. —Me tendió la mano.

—Llámame Mencía, es más breve y, además, nos vamos a tomar una cerveza juntos.

—Pues me tiene que llamar Max, aunque también por aquí me llaman *doc*, pero me resulta más impersonal.

—Max me parece bien. —Sonreí, acercándome a la barra para sentarme junto a él.

Pedí una cerveza. Me gustaba la que servían por la zona, pero